Raduan Nassar

Un vaso de cólera

traducción de Juan Pablo Villalobos

narrativasextopiso

UN VASO DE CÓLERA

RADUAN NASSAR

TRADUCCIÓN DE JUAN PABLO VILLALOBOS

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor

Título original
Um copo de cólera

Copyright © 1978, RADUAN NASSAR
All rights reserved

Primera edición: 2016

Traducción
© JUAN PABLO VILLALOBOS

Imagen de portada
JACKSON POLLOCK. *The Deep*, 1953
© The Pollock-Krasner Foundation, VEGAP, Madrid, 2015
Photo © Centre Pompidou, MNAM-CCI, Dist. RMN-Grand Palais / Jacques Faujour

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2016
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

ISBN: 978-84-17517-97-7

Impreso en España

«Nadie encamina a
quien Dios extravía».
«¡Hosanna!, ¡he aquí el macho!
¡Narciso!, siempre distante y
frágil, retoño del anarquismo».

Para Heidrun Brückner
y Modesto Carone

LA LLEGADA

Y cuando llegué por la tarde a mi casa, allá en el 27, ella ya me esperaba dando vueltas en el jardín, vino a abrirme el portón para que yo entrase con el coche y, en cuanto salí de la cochera, subimos juntos la escalera hacia la terraza, y nada más entrar abrí las cortinas del centro y nos sentamos en las sillas de mimbre mirando hacia el lado opuesto y hacia arriba, por donde el sol se iba poniendo, y estábamos los dos en silencio cuando ella me preguntó: «¿Qué te pasa?», pero yo, muy distraído, continué distante y tranquilo, el pensamiento abandonado en el enrojecimiento aquel del poniente, y fue únicamente por la insistencia en la pregunta que respondí: «¿Ya has cenado?», y como ella respondió: «Más tarde», yo entonces me levanté y fui sin prisas a la cocina (ella vino detrás), saqué un tomate del refrigerador, fui al fregadero y lo lavé, y después tomé el salero de la alacena y me senté enseguida allí a la mesa (ella desde el otro lado acompañaba cada uno de mis movimientos aunque yo displicente fingía que no me daba cuenta), y sin dejar de estar en su punto de mira empecé a comer el tomate, echando sal poco a poco a medida que lo iba comiendo, fingiendo un empeño exagerado en la mordida para mostrar mis dientes fuertes como los dientes de un caballo, sabiendo que sus ojos no se despegaban de mi boca, que por debajo de su silencio se retorcía de impaciencia, que tenía más ganas de mí cuanto más indiferente yo me mostrase, sólo sé que cuando acabé de comer el tomate la dejé allí en la cocina y fui a buscar la radio que estaba en el estante de la sala y sin volver a la cocina nos encontramos de nuevo en el pasillo, y sin decir una palabra entramos casi juntos a la penumbra del cuarto.

EN LA CAMA

Al principio, ya en el cuarto, parecíamos dos extraños siendo observados por alguien, y ese alguien éramos siempre ella y yo, y era nuestra responsabilidad vigilar lo que yo hacía, no lo que hacía ella, por eso me senté en el borde de la cama y fui quitándome lentamente los zapatos y los calcetines, tomando mis pies descalzos con las manos y sintiéndolos deliciosamente húmedos como si hubieran sido arrancados de la tierra en aquel instante, y enseguida me puse, sabiendo muy bien lo que hacía, a andar por el parqué, fingiendo que mi caminata por el cuarto seguía pequeños patrones, dejando que la bastilla del pantalón rozara el suelo al mismo tiempo que cubría parcialmente mis pies con cierto misterio, sabiendo que ellos, descalzos y muy blancos, incorporaban poderosamente mi desnudez anticipada, y enseguida yo escuchaba sus inspiraciones profundas allí al lado de la silla, donde tal vez ella ya se abandonaba a la desesperación, enredándose al quitarse la ropa, enmarañando hasta los dedos en los tirantes que se escurrían por el brazo, y yo, siempre fingiendo, sabía que todo aquello era verdadero, conociendo como conocía su maníaca obsesión por los pies, sobre todo por los míos, de porte firme y bien esculpidos, un tanto nudosos en los dedos y marcados nerviosamente en el empeine por venas y tendones sin que por ello perdieran su aspecto tímido de raíz tierna, y yo iba y venía con mis pasos calculados, dilatando siempre la espera con mínimos pretextos, pero en cuanto ella abandonó el cuarto y fue un instante al baño me quité rápidamente el pantalón y la camisa, y tendiéndome en la cama me dispuse a esperarla ya tieso y listo, disfrutando en silencio el algodón de la sábana que me cubría, y enseguida cerraba los ojos pensando en las artimañas que emplearía (de las muchas que sabía), y de esta manera fui repasando en la cabeza cada cosa que hacíamos, cómo ella vibraba con los jeribeques iniciales de mi boca y con el brillo que forjaba en mis ojos, haciendo aflorar lo que en mí había de más obsceno y sórdido, a sabiendas de que ella, arrebatada por mi lado oculto, gritaría de nuevo: «Es a este canalla a quien amo», y repasé mentalmente ese otro lance trivial de nuestro juego, preámbulo con todo de insospechadas tramas posteriores, y tan necesario como comenzar la partida con un movimiento de peón sobre el tablero, y en

el que yo, cerrando mi mano en la suya, le acomodaba los dedos, imprimiéndoles coraje, conduciéndolos bajo mi mando hacia el vello de mi pecho, hasta que ellos, a imitación de mis propios dedos debajo de la sábana, desarrollaran por sí solos una primorosa actividad clandestina, o si no, en una etapa posterior, después de explorar de manera juiciosa nuestro vello, nuestros huesos, cada uno de nuestros olores, cuando los dos, de rodillas, calculábamos el camino más largo de un único beso, las palmas de nuestras manos pegadas, los brazos abriéndose en un ejercicio casi cristiano, nuestros dientes mordiéndole al otro la boca como si mordieran la carne blanda del corazón, y con los ojos cerrados, abandonando la imaginación en las curvas de esos rodeos, me vi también enredado en ciertas prácticas, como cuando en trance después de levantarme soberbiamente de la montura de su vientre atendía de manera precoz a uno de sus (de mis) caprichos más insólitos, lanzando en chorros súbitos y violentos el fluido lechoso que se le adhería a la piel del rostro y a la piel de los pechos, o también aquella otra, menos impulsiva y de lenta maduración, el fruto que se desarrolla en un *crescendo* mudo y paciente de enérgicas contracciones, cuando yo dentro de ella sin movernos llegábamos con gritos exasperados a los estertores de la más alta exaltación y pensé sin embargo en el salto peligroso del revés, cuando ella de bruces me ofrecía otra hierba y mis brazos y mis manos, simétricos y casi mecánicos, agarraban por abajo sus hombros, comprimiendo y ajustando, área por área, la masa untada de nuestros cuerpos, e iba pensando todo el tiempo en mis manos de dorso largo, muy utilizadas durante toda esa geometría pasional, tan bien elaborada por mí y que la llevaba invariablemente a decir en franca perdición: «Magnífico, magnífico, eres especial», y luego me puse a pensar en los momentos de renovación, en los cigarros que fumábamos después de cada burbuja envenenada de silencio, o en el transcurso de las charlas con café (escapábamos de la cama desnudos e íbamos a profanar la mesa de la cocina), cuando ella intentaba describirme su confusa experiencia del orgasmo, hablando siempre de mi seguridad y osadía en la conducción del ritual, disimulando mal su asombro por que yo citara insistentemente el nombre de Dios entre mis obscenidades, hablándome sobre todo de cuánto yo le había enseñado, especialmente la conciencia en el acto a través de nuestros ojos, que muchas veces vigilaban, piedra por piedra, cada uno de los trechos de una carretera convulsa, y entonces yo le hablaba de su inteligencia, que siempre exalté como su mejor cualidad en la cama, una inteligencia ágil y activa (aunque sólo bajo mis estímulos), excepcionalmente abierta a todas las incursiones, y yo de pasada acababa hablando también de mí, fascinado por las contradicciones intencionadas (algunas no tanto) de mi carácter, pregonando entre

otras patrañas que yo, canalla, era puro y casto, y yo allí, con los ojos siempre cerrados, pensaba en muchas otras cosas mientras ella no acababa de venir, ya que la imaginación es muy rápida o su tiempo diferente, pues trabaja y mezcla simultáneamente cosas dispares e insospechadas, cuando presentí sus pasos de vuelta en el pasillo, y sólo entonces llegó el momento de abrir los ojos para inspeccionar la postura correcta de mis pies asomándose fuera de la sábana, percatándome como siempre de que el vello castaño que brotaba del empeine y en los dedos más largos les daba gracia y gravedad al mismo tiempo, pero de inmediato traté de cerrar los ojos de nuevo al sentir que ella entraría en el cuarto, y ya adivinando cerca su silueta ardiente y sabiendo cómo comenzarían las cosas, o sea: que ella mansamente, muy mansamente, se aproximaría primero a mis pies que un día había comparado con dos lirios blancos.

EL LEVANTARSE

Ya eran las cinco y media cuando le dije: «Voy a salir de la cama», pero ella entonces se enroscó en mí como una enredadera, aferrando sus garras a cuanto podía, las garras de las manos y las de los pies, y un fluido espeso y oloroso por todo el cuerpo y, como ya estábamos a punto de enzarzarnos, le dije: «Suéltame, enredaderita», sabiendo que le gustaba que le hablase de esta manera, pues ella a cambio me dijo, fingiendo cierta solemnidad: «No te soltaré mi muy grave *cypressus erectus*», jactándose con los ojos de haber logrado un efecto tan alto en el repique (aunque ella no era muy versada en cosas de botánica y menos aún en la geometría de las coníferas, y lo poco que se atrevía a decir sobre plantas lo había aprendido sólo conmigo y con nadie más), y como yo sabía que no hay rama ni tronco por más vigor que tenga el árbol que resista los avances de una reptadora, sólo sé que me arranqué de ella mientras pude y fui esquivo y rápido hacia la ventana, subí inmediatamente la persiana y recibí en el cuerpo todavía caliente el airecito frío y húmedo que comenzó a entrar en el cuarto, pero aun así me incliné sobre el alféizar y, pensativo, vi que allá afuera el día apenas se desperezaba bajo el peso de una niebla cerrada, y, apenas esbozadas, noté también que las zinnias del jardín brotaban con dificultad de los borrones de humo, y estaba así en la ventana, con la mirada vuelta ahora hacia lo alto de la colina de enfrente, al lugar donde el seminario se veía confuso en medio de tanta neblina, cuando ella vino por detrás y se enroscó de nuevo en mí, pasando desenvuelta la cuerda de los brazos en torno a mi cuello, pero yo, con tacto, usando ligeramente los codos para aplastar ligeramente sus senos firmes, acabé por compartir con ella la prisión a la que estaba sometido y, lado a lado, entrelazados, los dos pasamos, poco a poco, a trenzar los pasos, y de esta manera fuimos directamente a la ducha.

EL BAÑO

Bajo la ducha, yo dejaba que sus manos recorriesen mi cuerpo, y sus manos eran inagotables y corrían escrutadoras con mucha espuma e iban y venían incansablemente y nuestros cuerpos mojados de vez en cuando se pegaban para que ellas alcanzaran la espalda en un abrazo, y a mí me parecía delicioso todo ese movimiento vacilante y sinuoso que me provocaba súbitas y recónditas sacudidas, y como aquellas manos invadían ya mis regiones más oscuras -explorando incluso las hilachas que acompañan el remiendo mal cosido de las ingles (sopesando astutas el paquete enjabonado de mi sexo)-, le dije: «Lávame el pelo, me urge», y entonces, sacándome de debajo de la ducha, sus manos penetraron de inmediato entre mis cabellos friccionando con firmeza los dedos, rascando mi cuero con las uñas, raspándome la nunca de una manera que me volvía loco en la médula, pero yo no decía nada y sólo sentía la espuma que iba creciendo blanda allá arriba hasta desmoronarse con alboroto por el rostro, pinchándome los ojos en el descenso, haciendo que me los restregase desesperadamente con los nudillos de los dedos, aunque supiera que ellos, ardiendo, anunciaban francamente mi aseo, y ella no tardó en empujarme de nuevo bajo la ducha y sus dedos comenzaron a tramar la cosa más deliciosa del mundo en mi cabello con la lluvia caliente que caía encima y era entonces un plaft plaft de espuma gruesa y atropellada, estrellándose en la cerámica junto al agua que corría ruidosamente hacia el desagüe y ella reía y reía, y yo ahí, todo quieto y abandonado a sus cuidados, no movía ni siquiera un dedo para que ella cumpliera sola el trabajo, y yo ya estaba bien enjuagado cuando ella, rebasando los límites de la tarea, deslizó su boca húmeda por mi piel de agua, pero yo, sujetando los frenos, me encargué de que nada perturbara el ritual y, en cuanto ella cerró la llave, me dejé conducir callado de la ducha al suelo y, conectado a una ligera corriente de escalofríos, me quedé esperando hasta que ella me tiró una amplia toalla sobre la cabeza, encargándose luego de secarme el pelo en movimientos tan ágiles y precisos que agitaban mi memoria, y, con los ojos escondidos, y por unos instantes vi que, aunque pequeños y descalzos, sus pies crecían metidos en sandalias, y sentí también que sus manos afiladas se transformaban en manos rústicas y pesadas y

eran manos minuciosas que se metían con los dedos por mis orejas, colmándome de caricias, haciéndome cosquillas, haciéndome reír bajito debajo de la toalla, y era extremadamente agradable que ella se ocupara de mi cuerpo y me condujera enrollado al cuarto y me peinara delante del espejo y esbozara una reprimenda de ceño fingido y me diera pequeños consejos y me hiciera vestir pantalón y camisa y me obligase a acostarme de espaldas en la cama, inclinándose enseguida para cerrarme los botones, y me hiciera posar mis pesados zapatos en su regazo para que ella, doblándose llena de aplicación, pudiera atar los cordones: yo sólo sé que me entregaba enteramente a sus manos para que el uso que ella hiciera de mi cuerpo fuese completo.

EL DESAYUNO

Exhalábamos un aroma fresco cuando salimos a la terraza donde su bolso en bandolera reposaba todavía abierto sobre la mesa, y mientras ella se sentaba en una de las sillas de mimbre yo fui abriendo las cortinas que faltaban por abrir, y, medio escondido detrás de una de las columnas, pegué la nariz al vidrio y pude ver allá abajo, a pesar de la niebla, a doña Mariana agachada junto a un cantero de la huerta con las manos en la tierra, la regadera al lado y atisbando de vez en cuando y discretamente en dirección a los vidrios altos de la terraza, y entonces salí al rellano de la escalera y, prendiendo las manos a la cerámica del pretil, grité su nombre pidiendo el desayuno, pero de inmediato volví a entrar en el enfoque de su mirada, su cabeza reclinada en el respaldo de la almohada, la piel color de rosa y apaciguada, un suspiro breve y denso como si dijera: «No tuve bastante, pero tuve suficiente» (que era lo que siempre me decía), y yo, sin decir nada, me incliné sobre el tablero de la mesa de sucupira apartando su bolso de cuero y mis pesados ceniceros de hierro, y fue en ese momento cuando doña Mariana entró con sus modos de mulata protestante, las manchas en la piel parda y descolorida, las gafas de lentes gruesas, saludándonos como siempre, avergonzada, pero sin hacer caso a su turbación le pedí inmediatamente: «Desayuno», y ella sabía muy bien por el tono lo que yo quería decir con eso, y sabía perfectamente qué días debía servirlo completo (mi cama larga casi siempre deshecha), por eso ella, abochornada, trató de correr rápidamente a la cocina y yo, mientras tanto, en la terraza, corrí los vidrios del vano central, agarrando luego una silla y sentándome al lado de la abertura, y, con los ojos colgados en el paisaje impreciso que tenía enfrente, comencé a pensar casi con cuidado en las purezas que podrían pasar por su cabeza, y fui concluyendo como siempre: «¡Ya estoy harto! de su confusión, doña Mariana, ¡ya estoy harto! de su falta de entendimiento, doña Mariana, sí, otra vez la cama deshecha, ¡ya estoy harto! de lo que piense», y yo iba revolviendo esos cascajos aquí adentro (en realidad ejercitándome en la magia del exorcismo), y mi criada ya había extendido sobre la mesa la toalla de cuadros, y encima ya estaban la vajilla, el tarro de miel, el frutero, el cesto de pan y la mantequillera, y además la jarra de barro con

margaritas y helechos plumosos, y doña Mariana, todo el tiempo sin mirarnos, ya había regresado quizá más tranquila a la cocina, y desde la terraza sólo oíamos el ruido alegre del aluminio de las cacerolas, y yo estaba pensando en lo bueno que era que todo fuera exactamente así cuando ella me preguntó: «¿Qué te pasa?», pero yo, sintiendo el aroma poderoso del café que ya llegaba en gruesas olas desde el colador de la cocina, no dije nada, ni siquiera giré mi rostro hacia ella, continué alisando a Bingo, mi perro callejero, y me puse a pensar en que el primer cigarro de la mañana, que iba a encender dentro de poco después del desayuno, era sin la menor sombra de duda una de las siete maravillas.

LA BRONCA

El sol ya andaba queriendo hacer cosas con la niebla y era fácil darse cuenta, bastaba con mirar la carne porosa y fría de la masa que cubría la granja para darse cuenta de que un brillo pulverizado intentaba entrar en ella, y me acordé de que doña Mariana, con los ojos bajos pero contenta, con su manera de hablar, había dicho minutos antes que «el calor de ayer fue sólo un aperitivo», y yo sentado ahí en la terraza veía bien lo que estaba pasando y recorría con la mirada los árboles y los arbustos del terreno sin olvidarme de las cosas menores de mi jardín, y me abandonaba a esa tranquila ocupación y sentía que los pulmones agradecían a los dedos cada vez que el cigarro subía a la boca, y yo sabía que desde su lugar ella me miraba y que fumaba como yo, aunque poniendo en ello una pizca de ansiedad, y seguramente me cuestionaba con la arista de una mueca, pero yo no hacía caso de eso, lo que quería era silencio, pues me estaba gustando demorar la mirada en las moreras de hojas nuevas que se destacaban del paisaje por la impertinencia de su verde (¡muy bonito!), pero de repente mi mirada se desvió y, cuando suceden estas cosas, nunca sabemos bien por qué demonios, y a pesar de la neblina he aquí lo que vi: un agujero en mi seto, ay de mí; aplasté y quemé mi dedo en el cenicero; ella, desconcertada, me preguntó: «¿Qué pasa?», pero yo, sin responder, me lancé a tropezones escalera abajo (Bingo, ya en el patio, me esperaba electrizado), y ella detrás de mí casi gritando: «Pero ¿qué pasa?», y doña Mariana, expulsada de la cocina por el estruendo, ajustándose los lentes gruesos, trabada en lo alto de la escalera, trapo y cacerola en mano, pero yo no veía nada, las dejé atrás a las dos y me escabullí enloquecido y, en cuanto me acerqué, no me aguanté: «Malditas hormigas hijas de puta», y, con más fuerza, volví a gritar: «Hijas de puta, hijas de puta», viendo unos buenos palmos de cerca drásticamente rapiñados, viendo unos buenos palmos de suelo forrados de hojas pequeñas, hay que tener sangre de ranchero para entenderlo, me puse como una vara viendo el estrago, estaba encabronado con aquel agujero, y pensaba además en que el aligustre no debía de ser ningún manjar de otro mundo, tanto trabajo para que las hormigas dieran con todo al traste, y en un arrebato me lancé armado al terreno de al lado, buscando de inmediato la pista que me

condujera al hormiguero, siguiendo el sendero camuflado al lado del capín alto, a aquella hora habría de sorprenderlas en la caverna, tan activas toda la noche con el corte y la recolección, y temblando e hirviendo, no me cuesta descubrirlo y ya con el balde en la mano derramo una dosis doble de veneno en cada agujero, con unas ganas que sólo yo sé cómo son porque sólo yo sé lo que siento, encabronado con esas hormigas tan ordenadas, encabronado con su ejemplar eficiencia, encabronado con su organización de mierda que ignora la hierba mala y consume el aligustre de mi seto vivo, por eso les propiné la más grande borrachera, encharcando sus cacerolas subterráneas con caldo espeso de insecticida, preocupándome en no dejar resto de vida, tapando con cerradura, con la prensa del talón, la boca de cada agujero; y ya volvía de ese terreno baldío, lanzando aún vigorosas chispas por el camino, cuando noté que ella y doña Mariana estaban de cháchara en el patio que queda entre la casa y el jardín, sus nalguitas recostadas en el guardabarros del coche, la claridad del día le devolvía con rapidez la desenvoltura de mujercita emancipada, el vestido de una simplicidad distinguida, el bolso colgado al hombro cayendo hasta las piernas, un cigarro entre los dedos y parloteando tan democráticamente con la gente del pueblo, que era, por cierto, uno de sus adornos predilectos, justamente ella que nunca dejaba ver sus gracias en las áreas de servicio de la casa, haciéndose atender por mí si era en la cama o por la criada en la terraza, dejando a mi cargo el desayuno cuando doña Mariana no estaba, sólo yo sé que con cara de perro, y, sin mirar hacia donde ellas estaban, entré agachado por la puerta del cuartito de herramientas que hay debajo de la escalera, dejé allí el armamento que me había llevado para acabar con las podadoras, pero, previsor, aproveché las provisiones de los estantes para abastecerme de otros venenos, además de mí mismo, en la rusticidad de aquel camerino, entre pinceles, carbón y restos de pintura, para embriagarme a escondidas con un galón de ácido, preocupado como estaba en maquillar por dentro mis vísceras, sabiendo de antemano que no había en ello nada superfluo, yo sólo sé que cuando salí de nuevo al patio las dos habían dejado ya de conversar, una y otra, aunque una al lado de la otra, se encontraban hábilmente separadas, y ella no sólo había convertido a la casera en su público sino que también me esperaba con un airecito sensacional que era como para abofetearla sin más, y, como si eso no bastara, todavía vino a decirme: «No es para tanto, chiquillo inteligente», y yo confieso que ésa me dio de lleno en la espinilla, ese «chiquillo» me caló, sobre todo por la manera en que fue dicho, y además el comentario tenía la misma compuesta displicencia que ella ponía en todo, algo que, en este caso, rozaba el distanciamiento, como si eso debiera necesariamente fundamentar la sensatez de la observación, y eso sólo

sirvió para encabronarme más, «listo», me dije a mí mismo como si me dijera: «Es ahora», yo, que quedándome en la traba del «chiquillo», podía perfectamente decirle: «El tiempo me forjó así» (aunque ella no iba a entender qué ventaja sacaba yo de ello), lavándole la lengua por el uso, cansado ya, en el fondo, de la ironía traviesa, no porque yo cultivara un placer rabioso por el verbo encabronado, inclinado a lo trágico, no era eso ni lo contrario, sino que a ella, que veía en aquella práctica un alto ejercicio de la inteligencia, le hubiera venido bien que yo, entonces serio, le hubiese recordado que la mezcla entre la ironía y la solemnidad no funciona, y muchas otras cosas que podría contraponer a su glosa, ya que era fácil de ver, entre evidente y encubierta, la reprimenda múltiple que traía consigo, ya fuera por mi extremada dedicación a animales y plantas, y la reprimenda, acaso más quejumbrosa, por no actuar en la cama con idéntica temperatura (quiero decir, con el mismo ardor que había empleado en el exterminio de las hormigas), sin contar con que ella, vigilando la sangre en el termómetro, se pusiera a regular también el mercurio de la racionalidad, sin sospechar que en aquel momento mi razón trabajaba a todo vapor, sospechando aún menos que la razón jamás es fría y sin pasión, y sólo piensa lo contrario quien al reflexionar no alcanza el meollo propulsor; para darse cuenta de ello se necesita ser realmente penetrante, y no es que ella no fuera inteligente, sin duda lo era, pero no lo bastante, sólo lo suficiente, y yo, atrevido, podría haber soltado las riendas del raciocinio, exprimiendo hasta el bagazo el grano de su sarcasmo, pero no dije nada, no dije ni pío, me guardé mis palabras, ella no había tenido bastante, sólo lo suficiente, pensaba yo, por eso ya estaba lubricando la lengua viperina, entorpecida la noche entera al abrigo de mis pies y etcétera, yo sólo sé que continué con la cabeza gacha pero avanzando, las cosas triturándose dentro de mí, y yo tenía, y eso era fácil de ver, a doña Mariana primero, pero era obvio que no era a doña Mariana, ni a ella, no era a nadie en particular, para ser todavía más claro, pero aun así pregunté: «¿Dónde está el señor Antônio?», y le pregunté eso a la casera con los modos más o menos equilibrados de quien casi, pero sólo casi, acierta a controlarse, pero carecía de la menor importancia si no lo lograba del todo: mi estómago era una olla y las hormigas me subían por la garganta, sin contar con que yo ya empujaba al escenario a quien estuviera a mi alcance, pues no sería al gusto de ella, si no, *sui generis*, que yo daría un espectáculo sin público, por eso me quejé duramente a doña Mariana, a quien, de nuevo enmudecida, le volví a preguntar: «¿Dónde está el señor Antônio?», forjando esta vez la misma aspereza que marcaba mi máscara, combinando estrechamente esas dos herramientas, el alicate y el pie de cabra, para arrancarle una palabra, y no es que fuera a exigirle a su marido el rescate de aquel rombo, no

es que él fuera quien pudiera responder por la saña de las hormigas, pero -preso de la cólera- yo era un caballo que sólo necesitaba el golpe que me avisase de que era el momento de iniciar la cabalgada, era una respuesta, era sólo una respuesta lo que yo necesitaba, bastaba que la casera soltara cualquier pretexto del día a día: «Tonho ha ido cerquita ahí abajo pero vuelve enseguida», o, más cuidadosa, doña Mariana podía incluso justificar: «Salió tempranito para recoger la leche en la tienda y ya debe de estar casi llegando», e incluso, en una de sus peroratas, podía incluso decir de una manera ascética: «Tonho estaba en una de las ollas y debe de estar ahora revolcándose con las podadoras», y ni aunque ella pudiera decir, con un punto de razón además, que de nada servía que el marido hubiera estado ahí o no, explicándome (¡oh novedad!) que las podadoras trabajan generalmente en la oscuridad de la noche, pues lo que no importaba de verdad era lo que ella fuera a contar, y eso sólo un idiota era incapaz de verlo, ya fuera una respuesta cuidadosa o impertinente, yo sólo sé que bastó que doña Mariana abriera la boca para que yo escupiera: «Ya les dije que el horario aquí es de seis a cuatro; después de eso, no quiero verla en la casa, ni a él tampoco, pero dentro del horario no lo admito, ¿entiende?, y debe decírselo a su marido, ¿me está oyendo?», y mi grito tenía fuerza, aunque de sustancia tuviera solamente la vibración (lo que no es poco), y fue tal su repercusión que doña Mariana no sabía qué hacer, si llamar al marido para que cumpliera lo que yo acababa de decretar (además de que sólo le había exigido atención: era más que sabido que el horario del marido comenzaba a las siete y no a las seis), si subía a la cocina, o, incluso, si debía quedarse ahí para abrirle el portón a la jovencita, que, poniendo provisoriamente en el gesto la reprimenda, acababa de colocar la mano en la puerta de su coche, y lo que a doña Mariana le pareció mejor, allá en su maceta, después de tan alborozadas dudas sobre qué hacer, fue quedarse medio de lado, escondida sabiamente en el rincón de la casa, bien cerquita de la escalera, pero no subía ni hacía nada, y fue entonces cuando ella, con la mano todavía en la puerta del coche, deglutiendo el grano perfecto de mi llamada, y desenterrando circunstancialmente unos aires de gente seria (ella sabía representar su papel), entró otra vez de manera espontánea en escena, diciéndome con bastante equilibrio: «No entiendo cómo te transformas, de repente te vuelves un fascista», y lo dijo de una manera más o menos grave, en la línea recta del comentario objetivo, sólo torciendo, un poquito más, las puntas siempre curvas de la boca, dibujando al fin con la mímica lo que la situación tenía de repulsivo; yo sólo sé que ésa me dio en los huevos, y no era yo el que debía haber sido alcanzado, de eso estaba seguro (a pesar de todo), estaba completamente seguro de que mi rabia se redimía en la fuente; «Me dejas perpleja», comentó todavía

ella con la misma gravedad, «¡perpleja!», pero agarré bien las puntas, me quedé un rato quieto, limitándome a recoger callado dos o tres astillas del suelo, abasteciendo con leña seca el incendio incipiente que yo provocaba (yo que venía -metódicamente- mezclando razón y emoción en una amalgama insólita de alquimista); a fin de cuentas, ella no había entrado en el coche todavía, yo la conocía bien: ella no era de las que hablan y se van; al contrario, era de las que dan un alfilerazo con la ávida expectativa de llevarse un buen garrotazo; tan es así que ella, en el momento del piquete, lo que había hecho era vigilar la gratificante madera de mi fuego; de todos modos, yo había sido alcanzado, o si no, actor, yo sólo fingía, siguiendo el ejemplo, el dolor que realmente me dolía, yo que esta vez había entrado francamente dentro de mí, sabiendo, en el calor aquí adentro, de qué transformaciones era capaz (yo no era un bloque monolítico, como nadie lo es, sin olvidar que ciertos rasgos que ella pudiera atribuir a mi personalidad eran más bien características de la situación), pero no iba a decirle nada de eso, lo que podría, eso sí, era aceptar el desafío, lanzándome a una disputa de reconfortante contenido colectivo, sabiendo que ella, aunque fuera ansiosa, no despreciaba un buen preámbulo, bastaba fingir que caería en su anzuelo, pellizcando entre tanto el cebo entero, mamando su grano de maíz como si le mamara el pezón de la teta, siendo suficientes para empezar las palabras que le rebatiera como un clásico: «Tú no vas a enseñarme cómo se trata a un empleado», recordando de pasada que a nadie, al pisar, se le impedía protestar contra el que pisaba, pero que era necesario comenzar siempre por lamer la propia pata, el cuerpo antes que la ropa, un sentido descubrimiento precediendo a la comunión, y, si quisiera, tendría motivos de sobra para agarrarme a su piececito, no porque yo fuera tan ingenuo como para exigirle coherencia, no esperaba eso de ella, ni tampoco me vanagloriaba nunca de tenerla, sólo los tontos y los desvergonzados pregonan servir a un único señor, a fin de cuentas, bestias paridas de un mismísimo vientre inmundo, todos portábamos las contradicciones más asquerosas, pero si alguien se exhibe como púdico, que admita en esta exhibición, y desde el inicio, su falta de pudor; la verdad es que me tocaban los huevos todas esas disputas entre hijos arrepentidos de la pequeña burguesía, que competían ingenuamente en generosidad con la suavidad de sus botas, y extraían de este cotejo unos humos de virtud libertaria; a ella le gustaba esta purga, tanto cuanto se purgaba al atizar a la clase media, esa clase casi siempre renegada, dudando quizá por eso entre lanzarse a las alturas del gavilán u hollar el suelo con la simplicidad de las sandalias, confundiendo a veces, de tan indecisa, la dirección de esos dos polos, sin saber si ascendía al sacerdocio o si descendía directamente a la rapiña (¿cómo no llegar ahí, gloriosamente?), pero

ni siquiera me pasaba en ese momento por la cabeza estimular los conflictos de la cabrona, no iba a confundir un filamento de alfiler con la inminente contundencia de mi garrote, eran otros los motivos que me ponían en pie de guerra, estaba lejos de interesarme por los rasgos corrientes de un carácter trivial, y tampoco iba, moviéndole el cebo, a propiciar sus acostumbradas peripecias de raciocinio, no porque me dieran miedo las uñas que ella ponía en las palabras, yo también, además de las caras amenas (aquí y allá quizá pícara), sabía darle al verbo el reverso del enojo y de las garras, sabía, incisivo como ella, morder certeramente con los dientes de las ideas, ya que era con esos cascos que se componían habitualmente nuestras intrigas, sin contar con que -empujado hacia la raya del rigor- mi casco sabía inventar su propia lógica, pero toda esa agresión discursiva ya lindaba exhaustivamente con la monotonía, para qué bostezar encima de un sueño mal dormido, para qué el enfado de estirar brazos superfluos, las cosas aquí adentro se fundían velozmente con la fiebre, yo ya ni siquiera tenía piedrillas en la molleja y mucho menos cascajo, que era lo indicado para digerir su cháchara, sin olvidar que la reflexión no pasaba de excreción tontamente ennoblecida por el drama de la existencia, es decir, que el señor Antônio, la semana pasada, ya había estercolado los surcos de las hortalizas, ¿qué hacer entonces con el salvado de las teorías?, me salí pues, más que deprisa, por la tangente, me fui a su territorio confinado, fui a un área en la que ella se pavoneaba como mujercita libre: era ahí donde yo la agarraría, sólo ahí le abriría un agujero (yo que podría simplemente dispensarla con un sumario «¿No tienes nada mejor que hacer?», dándole la espalda y subiendo a la terraza), era ahí donde yo habría de exasperar su arrogante racionalidad, pero ni siquiera era eso lo que yo quería (exasperarla por ejemplo y nada más), yo estaba dentro de mí, lo que necesitaba en ese instante era un puntal, necesitaba más que nunca -para pasar a la acción- los gritos secundarios de una actriz, y que quede bien claro que no quería balidos del público, nada de eso, tenía la lúcida conciencia entonces de que lo único que quería era liberar mi berrido, y ella ni siquiera tenía mucho que ver con todo eso (sé que es confuso, pero así era), yo estaba dentro de mí, ya lo dije (¡y qué tumulto!), estaba metido en el embrollo, en los cólicos, en las contorsiones terribles de una virulenta congestión, en las cosas fermentadas en la olla de mi estómago; todas las cosas que existían afuera y mis hormigas poco a poco fueron cargando, y eran magníficas porteadoras, las hijas de puta, para eso eran excelentes, y los malditos insectos se me habían metido por todos los agujeros, por la vista, por las narinas, por las orejas, ¡sobre todo por el hoyo de las orejas!, y alguien tenía que pagarlo, lo quiera o no, alguien siempre tiene que pagar, ése era uno de los axiomas de la vida, ése era el soporte

espontáneo de la cólera (cuando no era el mejor alivio de la culpa), y el hecho es que yo, incluso sintiendo las miradas cercanas -los ojos protestones de doña Mariana estaban listos, y yo ya había descubierto detrás de un arbusto las piernas flojas del señor Antônio-, aun así saqué pecho y di dos pasos hacia ella, y ella debió de notar alguna solemnidad en mi avance -era inteligente, la jovencita; y versátil, la hija de puta-, yo sólo sé que de repente se llevó las manos a la cintura, mudó de cara con ojos desafiantes, las comisuras de la boca sarcásticas, además de despilfarrar las bagatelas de otros gestos, y ni siquiera era necesario tanto, a esas alturas yo ya no podía contener el arranque: «Qué te crees, qué te crees», disparé de sopetón, «Qué te crees, reporterilla de mierda», continué expeliendo el vituperio a sacudidas, ella no se movía al lado del coche, sólo sus nalguitas se restregaban contra la puerta, y sonrió, la hija de puta, un «ja ja ja» que yo me esperaba y no me esperaba, ella quería confundirme, pero incluso así yo seguí adelante: «¿Por qué insistes tanto en enseñarme, eh, reporterilla de mierda? Por qué insistes tanto en enseñarme si lo poco que aprendiste en la vida fue conmigo, conmigo», y yo me golpeaba en el pecho y ya me iba a los gritos, pero un «¡Oh! ¡honorable maestro!…», dijo ella, y fue un pis-pas, su lengua ponzoñosa saliendo y recogiéndose, era digno de verse cómo trabajaba esa pieza bien engrasada, y al oír lo que dijo yo temblé, no propiamente por la ironía, vertida al fin y al cabo mediante la técnica primaria de la suma apología, sino por la obsesiva necedad en castrarme, llamándome «maestro», sí, pero negándome como siempre, por falta de títulos, cualquier acceso al entendimiento, a mí, un «chapucero graduado» (¿qué sabía la cabrona de mi trabajo?), sugiriendo entonces que yo, en la discusión, no debía ir más allá de mis chanclas, aunque a mí eso me daba igual, quiero decir, ya no me interesaba ser acatado en el pasto de las ideas, además de que tantas veces le había dicho que no era por la profesión, ni siquiera por la cabeza, sino por la garganta que se reconocía la fibra de la reflexión, por el calibre tozudo del gaznate en el momento de tragar, un defecto de anatomía que se hallaba entre el común de los mortales en la misma menguada proporción que existía entre los babosos de los intelectuales, viniendo pues de la enfermedad -y sólo de ahí- la fuerza amarga del pensamiento independiente, claro que los profetas no podían responder por la voluptuosidad de los seguidores, pero me dejaba de una pieza ver a la cabrona, ungida del espíritu de la época, entregándose lascivamente a los mitos del momento; me dejaba de una pieza ver a la cabrona, a despecho de su afectada rebeldía, siendo arrastrada por este o aquel dueño; muchísimas veces intenté cortar con mi cuchillo su collar, muchísimas veces recordé que el perro amarrado traía una fiera en el revés, y ella que para todo me remitía

siempre a sus guías (tenía una salud de hierro, la cabrona, imposible quebrantar su osamenta), desesperado de verdad yo le decía que antes que aquellas sombras esotéricas yo tenía en mis manos mi propia existencia, no admitiendo, más allá del útero, matriz capaz de conformar esa materia prima, pero era siempre una herejía meterme con las tablas de sus ídolos, rayar el polvo, asustar esos fantasmas, llegué incluso a recordar el episodio de aquel remoto peripatético (si fuera ahora, ella se afiliaría a su escuela como un perrito faldero, lamiéndole los pies con sumisión obscena) que, en su historia natural, le atribuyó de manera incorrecta cierto número de dientes al caballo, logrando, con andar lento pero autoritario, que su error atravesara los siglos con fuerza de verdad, y que tantos otros absurdos, algunos de ellos desde los primeros tiempos, continuaban siendo tontamente erguidos en andas, y que incluso en las escuelas (altar de los dogmas) se abrían muchas veces alas para que esas andas pasaran, pero de nada servía pregonar lo contrario, de nada servía el gesto que destorcía la llave, yo, «chapucero» («graduado» en chapuzas), no era un «maestro», menos aún «honorable», yo (ironía) no era seguramente una autoridad, pero incluso así tuve entonces el ímpetu -y no era la primera vez- de meter dos dedos en cada comisura de los labios, estirándolos hasta abrir de par en par la boca larga de mi horno, guiñando al mismo tiempo el ojo en una clara advertencia: «Abre mi boca y cuenta tú misma los dientes de este caballo», ilustrando de esta manera grotesca la fuerza del empirismo, ya que yo para ella no pasaba de ser «una bestia vagamente interesante», eso era, además, en los momentos sosegados, lo máximo que ella me concedía, pero yo no hice ni dije nada de eso, no le mostré los dientes ni hice ningún gesto equivalente; a fin de cuentas, no sería exactamente pedagógica la embestida; ya dije, por cierto, que no quería balidos del público, y ya dije también que quería liberar mis berridos, pero no dije todavía -y esto es lo más importante- que lo que no quería era salir de mis chanclas, por eso volví a entrar de suela: «¿Nunca se te pasó por la cabeza, eh, intelectualilla de mierda, nunca se te pasó por la cabeza que todo lo que dices, y todo lo que vomitas, son todo cosas que escuchaste de oídas, que no hacías nada de lo que decías, que apenas jodías como doncella, que sin mi palanca no vales para nada, que yo tengo otra vida y otro peso…»; entonces ella me interrumpió: «Venga, venga, repítelo otra vez, dime que no eres el ermitaño que yo imagino, pero que tienes demonios a montones a tu alrededor, venga, di eso, di eso de nuevo… ja ja ja… demoníaco… ja ja ja…», la golosa debía de haber vaciado en el desayuno un bote de brillantina, ¡si yo nunca había dicho nada semejante!, estaba claro que la cosa se escurría, yo de mi lado estaba temblando, y con eso ya hasta me iba perdiendo, soltando incluso la lengua mucho más de lo que convenía:

«Escúchame, cabrona, no hables de cosas que no entiendes, ve a echar tu rollo al periódico, ve allá a soltar tus lecciones, a denunciar la represión, a enseñar lo que es justo y lo que es injusto, ve allí a derramar tu gota al torrente de las palabras; desperdicia el papel de tu periódico, pero no metas el hocico en las hojas de mi aligustre», dije encabronadísimo conmigo mismo por haber pasado de un ataque corto y grueso a la simple defensiva, propiciando además que ella, capciosa, accionara con absoluta precisión el ataque: «Lo entiendo, señor, soy muy capaz de valorar tus temores… tanto recato, tanta seguridad reclamada, toda esa sospechosísima preocupación por tu cerca, por cierto, es increíble cómo siempre te reflejas en lo que dices; venga, habla, continúa con tu cháchara, acaba tu retrato, pero luego ven de este lado para que puedas ver tu cara… ja ja ja… ¡qué horror!», y lo dijo como si me agarrase in fraganti, aprovechando mi embarazo para calentar todavía más la situación: «Levanta de una vez un muro, construye una fortaleza, protege lo que es tuyo con la espesura de una muralla»; «No saques conclusiones fáciles», apenas alcancé a decir: «Es la conclusión del pueblo», devolvió ella el rebote de inmediato, dejando claro que después de eso sólo habría lugar para una sentencia, probablemente la rueda medieval: «¿Sabes en lo que me haces pensar, eh, cabrona?», dije con voz plana, sin poder creer en la súbita calma (nerviosa por dentro) de cada palabra, hice además como que me lanzaba a la discusión; hice como que le seguía la corriente (ella insistía en el preámbulo, quería, antes del garrote, que yo le encendiera los botones del cuerpo), pero procedí según mis cálculos, tanto es así que, en el hervor oculto de la caldera, era fácil descubrir mis algoritmos bamboleando entre burbujas: «Me haces pensar en el hombre que se viste de mujer en el carnaval: el tipo usa enormes conchas de plástico a modo de senos, dibuja dos bolas de carmín en el rostro, rayas pesadas de carbón en el lugar de las pestañas, incluso abulta con almohadas los cachetes de las nalgas, y después sale por ahí con meneos de cadera que provocan envidia en la más versátil de las mulatas; con rasgos tan fuertes, el tipo consigue ser -aunque lo traicionen los pelos de las piernas y del pecho- más mujer que las mujeres de verdad»; «¿Ah sí?»; «Y sucede que eso me lleva a pensar que el dogmatismo, la caricatura y el libertinaje son cosas que muchas veces andan juntas, y que los privilegiados como tú, disfrazados de pueblo, me parecen en general como travestis de carnaval», y lo dije con un buen residuo de transparencia, sin ningún accidente que perturbara la explicación, pero su agilidad era espantosa, no era solamente en el populismo, también en el estilo alcanzaba un mimetismo trascendente: «Cualquier ciudadano tiene el derecho, claro, de ponerse dos bolas de carmín en el rostro, de redondearse la punta de la nariz con una pelota roja, de colgarse del

brazo un palo grueso y torcido como bastón, y de ajustarse un sombrero de paja, alto y picudo, sobre la nuca, y, hecho eso, salir a la plaza pública a hacer gracias… ja ja ja… ja ja ja… ja ja ja…», tendría que felicitar a la cabrona, yo no tenía su talento, no llegaba a tanto mi cinismo, fingir indiferencia tan cerca de una hoguera, dar carcajadas al borde del sacrificio, y debía reconocer la eficiencia del remedo, un ligero blanco barrió un instante mi cabeza, de repente sentí las piernas amputadas, caí en una inmovilidad total, noté con el rabo del ojo derecho -disimulada en un rincón de la casa- a doña Mariana recogiendo rápidamente la cara, y con el rabo del izquierdo -enredada entre las hojas del arbusto- capté de lleno la cara rubia y lerda del señor Antônio; no quedaban dudas de que ella gozaba de público cautivo; «No te preocupes, cabrona, la gente como tú desempeña una función», dije con amargura; «No te preocupes, sabihondo, la gente como tú también desempeña una función: con los brazos cruzados, serías connivente, pero ahora me doy cuenta de que eso es muy poco, tienes que ser juzgado como agente»; «No pedí tu opinión», dije amparándome en la frase hecha, esa muleta ociosa pero capaz de exacerbarme, en compensación, los restos de musculatura; sentí que me explotaban dos ampollas inmensas justo en los bíceps, mientras reconquistaba -¡aventura suprema!- mi conciencia ocupada, haciendo coincidir, necesariamente, enfermedad y soberanía: «Para juzgar lo que digo y lo que hago tengo mis propios tribunales, no lo delego a terceros, no le reconozco a nadie -absolutamente a nadie- calidad moral para valorar mis actos», dije cambiando de repente de retórica (había vibrado el diapasón y agarrado un tono sospechoso, aunque, como simples instrumentos -incluso las inefables…-, y dado que todo depende del contexto, ¿qué culpa tenían las palabras?; lo que había, eso sí, eran soluciones impracticables), acabé invirtiendo de golpe las medidas, echando tres palas de cemento por cada pala de arena, argamasando el discurso con otra liga, reservándome una hostia casta y un soberbio cáliz de vino mientras entraba decidido y compacto (además de magistral, como actor) a la liturgia de una misa negra: «Tenía trece años cuando perdí a mi padre; en ningún momento me cubrí de luto, ni siquiera entonces sufrí ningún sentimiento de desamparo, no voy a ponerme ahora a buscar un nuevo padre: se necesitaría redimir mi historia para que yo renunciara a esa orfandad»; «Tengo que felicitarte por la proeza», dijo ella ligera, «sólo tú consigues ser al mismo tiempo huérfano y canoso… ja ja ja…» y, tergiversando lo que yo decía, su sarcasmo forjó también un sutil desdoblamiento, sugiriendo, al incluirme en la generación grisácea, que eso me atormentaba tremendamente, justo a mí, que hasta cultivaba precocidades de anciano, y la cabrona lo sabía; ella no ignoraba, según su propio comentario, ésa, mi «superflua veleidad», lo

que sólo venía entonces a realzar el atrevido contorsionismo de la parrafada, tanto más si se piensa que yo tenía unos hilos blancos, cronológicos, surgidos en la disciplina del tiempo, pero que estaba lejos de tener el cabello mezclado (eran brillantes las cavilaciones de su raciocinio, sin duda que merecía felicitaciones), si bien es verdad que, brillo aparte, la burla escondía como siempre una niebla densa de sensualidad, la misma solicitud quejosa, provocadora, redundante: a fin de cuentas, la jovencita nunca tenía suficiente de este «canoso»; yo sólo sé que continué actuando según mis cálculos, pero, soberano, reconozco que ella aún agarraba mis números por las orejas con los dedos, porque, a pesar de haberse agotado el plazo que yo mismo me concediera para la discusión, me vi enmendando a prisa -punta con punta- el hilo cortado por ella un poco antes: «Dije y repito: sería necesario redimir mi historia para que yo renunciara a esa orfandad; sé que es imposible, pero ésta sería la condición primordial; ya pasó el tiempo en que veía la convivencia como algo viable, exigiendo nada más de este bien común, piadosamente, mi quiñón; ya pasó el tiempo en que consentía en contratos, dejando muchas cosas fuera sin ceder, a pesar de todo, en lo que me era vital, ya pasó el tiempo en que reconocía la existencia escandalosa de imaginados valores, columna vertebral de todo “orden”; pero no tuve ni siquiera el aliento necesario, y, negado el respiro, me fue impuesto el sofoco; ésta es la conciencia que me libera, es ella la que hoy me empuja, ahora son otras mis preocupaciones, hoy es otro mi universo de problemas: en un mundo estrafalario -definitivamente descolocado- tarde o temprano todo acaba reduciéndose a un punto de vista, y tú, que vives mimando las ciencias humanas, ni siquiera sospechas que estás mimando un chiste: imposible ordenar el mundo de los valores, nadie arregla la casa del diablo; me niego pues a pensar en aquello en lo que ya no creo, sea el amor, la amistad, la familia, la iglesia, la humanidad; ¡me importa una mierda todo eso!, todavía me da pavor la existencia, pero no tengo miedo de quedarme solo, fue conscientemente que elegí el exilio, y hoy me basta el cinismo de los grandes indiferentes…»; «Allá va él, metafisiqueando, el especulador… si suelto las riendas, se avienta a las burradas… no me vengas con ésas, ese rollo ya pasó», dijo ella perentoria, despachando con censura, lacrando mi protesta, archivándolo sin consulta, sellando finalmente mi manojo de ideas con una sólida argolla de hierro, puede ser incluso que yo tuviera algo (¿las pestañas lánguidas, alargadas?) de bovino, pero es necesario convenir también en que ella se extralimitó en el atrevimiento al cometer semejante violencia en las narices de mi caballo, aunque ella misma se reservara hasta los frívolos derechos, estirando con hondo placer la goma de las palabras, masticando ésta o aquélla como si fueran un elástico o el garrote de su padre, «reflejándose» la cabrona,

«metafisiqueando» a su manera; yo tenía que poner un hasta aquí hemos llegado a toda esta farsa; ya había aguantado mucho el preámbulo, ya me había restregado demasiado en el cebo de la cabrona, sintiendo que faltaba poco para que ella me rasgara la boca con su anzuelo: «De veras que no debería, burócrata, pero no resisto a este registro, es importante: fue a duras penas que aprendí a transformar en gracia el hierro que cargo, siento ahora las manos poderosamente libres para actuar, obviamente con un ojo puesto en el policía de la esquina, el otro en las orgías de la clandestinidad; ésta es la iluminación que puede revelarse a los excluidos, junto con el arbitrio de usar una chispa de esta luz para inflamar las hojas de cualquier código», y entonces le llegó la inspiración: «Tuve un *insight*», dijo con unos aires de eureka, «creo que acabé con el misterio, descubrí finalmente cuál es la verdadera "ocupación" de nuestro chapucero; además, sólo ahora entiendo por qué tanto rechazo a hablar de tu "trabajo", por qué tanto secreto; sólo ahora entiendo de qué van tus trabajitos, pues todas las pistas de tu carácter me llevan a concluir que no pasas de un corrupto, de un sinvergüenza, de un embustero», y de inmediato pulió el hallazgo: «No un embustero cualquiera, sino un embustero graduado», y confieso que de nuevo me temblaron las piernas, vi a Bingo, en ese preciso instante, cortar en una carrera eléctrica el espacio entre ella y yo, estirando -con su pelo negro y brillante- otro hilo en la atmósfera, y en su cola estiré todavía más la cuerda de mis nervios, contornando con cuidado la sospecha de embustero, que no supe además si era jocosa o en serio, o si, siendo una cosa, venía prudentemente mezclada con la otra; yo sólo sé que di la vuelta por arriba, evadí referirme al mérito, sin permitir que ella sopesara la gravedad del supuesto descubrimiento, dejé a la cabrona con las manos abanicando al desaparecer, con un pase de prestidigitador, la manzana de su *insight*:«Hoy me siento liberado; es verdad que hubiera preferido el fardo del compromiso al fardo de la libertad; no tuve elección, fui elegido, y, si por una parte me fue revelado el destino, por otra el destino se encargó de revelarme: no respondo absolutamente de nada, ya no soy dueño de mis propios pasos, transito además por una senda larga, todo lo que hago, ya lo he dicho, es poner un ojo en el policía de la esquina, el otro en las orgías de la clandestinidad»; «No puedo descuidarme porque de inmediato el señor despega con el verbo… corta ese rollo solemne, baja de esas alturas, entiende, tú, estratosférico, que esa subida es muy fácil: lo que de verdad cuenta en la vida es la calidad del descenso; no me vengas pues con destino, sino, karma, cicatriz, marca, hierro, estigma, en fin, toda esa parafernalia que fanfarronamente bautizas como "historia"; si nuestro metafísico pusiera los pies en el suelo, vería que el desmadre del mundo sólo exige soluciones racionales, poco importa que sean

siempre soluciones limitadas, lo que importa es que sean, en su momento, las mejores; sólo un idiota rechazaría la precariedad bajo control, sin olvidar que en la madeja de la vida no interesan los motivos de cada uno -ese asuntillo que se la pasa fundiéndote los sesos-, lo que cuenta de verdad es empujar la pelota hacia adelante, la historia también avanza con la mano amiga de los asesinos; por cierto, tus altísimos niveles de aspiración, tus tontas veleidades de perfeccionista, tenían que acabar exactamente en esto: en el rollo autoritario de un vulgar iconoclasta -el viejo mono en la casa de vajillas, hablando por si fuera poco en ese tono trágico como prototipo de una clase agónica… ¡sal de mí, carcasa!-», y encima tachaba mi *performance* de catártica («pura catarsis», balbuceó), palabra con un terrorífico poder demoledor y que -por el uso imprudente, o por el abuso- transformaba el mismo cerebro de la cabrona en un hongo nuclear, pero yo otra vez di la vuelta por arriba, incluso dejé atrás la «parafernalia» (¡pelota hacia delante!) y fui empujando mi historia, calculando un álgebra tropical, ardiente como en los orígenes (sangre y arena), una operación perfecta para no dispensar los valores positivos de la cabrona, pero que no prescindía jamás, por otra parte, de mis valores negativos (o de la «mano amiga de los asesinos»): «Ya dije que la marginalidad fue un día mi tormento, la marginalidad es ahora mi gracia, rechazado cuando quise participar, ¡el mundo ahora que se arruine!, que caigan ciudades, sufran pueblos, cese la libertad y la vida; cuando el rey de marfil está en peligro, ¿qué importan la carne y los huesos de las hermanas y de las madres y de los niños?; nada pesa en el alma que allá lejos estén muriendo hijos…»; «Ja ja ja… el señor perdió los estribos… ja ja ja… ¡delincuente!»; «… que todo se venga abajo, yo estaré de espaldas; al absurdo, con la locura, y no podía ser otra la respuesta; es amarga, sí, pero es, como mínimo, adecuada, y eso no depende de tu decreto, pues desde ahora es fácil prever tu futuro: además de periodista eximia, cumples brillantemente los requisitos como miembro de la policía femenina; además, en el abuso de poder, no veo diferencia entre un redactor jefe y un jefe de policía, como tampoco hay diferencia entre dueño de periódico y dueño de gobierno, coludidos uno y otro con dueños de otros géneros»; «No es conmigo, solemne delincuente, sino con el pueblo con quien un día habrás de vértelas»; «Piensa, cabrona, por lo menos una vez, en esta evidencia, aunque eso sea extraño a tu folclore, aunque la disciplina de tus orejas no se preste a tanta disonancia: ¡el pueblo nunca llegará al poder!»; «¡Loquito de la aldea…! entraste de golpe en convulsión, quién sabe lo que todavía saldrá de este trance paroxístico…»; «¡El pueblo nunca llegará al poder!, no sería entonces con él que me las tendría que ver; ofendido y humillado, el pueblo es solamente, y lo será siempre, la masa de los gobernados; dice incluso

tonterías, que tú enalteces, sin darte cuenta de que el pueblo habla y piensa, en general, según la anuencia de quien lo domina; habla, sí, por él mismo, cuando habla (como hablo) con el cuerpo, lo que sirve de poco, ya que su identidad jamás se confunde con la identidad de supuestos representantes, y que la fuerza grosera de la autoridad necesariamente fundamenta todo "orden", palabra por cierto sagaz que incorpora, al mismo tiempo, la insoportable voz de comando y el presumible lugar de las cosas; claro que el pueblo puede hasta recolectar beneficios, pero siempre como masa manipulada por líderes emergentes; por eso vas hacia delante, cabrona -con el pueblo en la boca, escupiendo tu charla tosca, sin duda pintoresca, aunque engrosando con remedo la sofocante cuerda de los corderos, exactamente como el impasible ventrílocuo que sienta paternalmente a los pequeños sobre las rodillas, denunciando incluso trampas con su arte, aunque haciendo trampa él mismo al esconder la propia voz-; pero no te preocupes, cabrona, lo vas a conseguir… montadita, claro está, en una revuelta usurpada, montadita en una revuelta de segunda mano; en cuanto a este forajido, o delincuente, te digo solamente que ¡nadie encamina a quien Dios extravía!, no acepto entonces ni esta pocilga, ni otro "orden" que se instala, fíjate bien…», dije llegando al pico de la liturgia, y fue pensando en la supuesta subida de mi verbo que yo, para compensar, bajé como un canalla el gesto: «Tengo huevos, cabrona, no reconozco ningún poder»; «¡Hosanna!, ¡he aquí el macho! ¡Narciso!, siempre distante y frágil, ¡retoño del anarquismo…! ja ja ja… dogmático, grotesco y chistoso… ja ja ja…»; «Entiende, cabrona: todo "orden" privilegia»; «Entiende, delincuente, que el desorden también privilegia, comenzando por la fuerza bruta»; «Fuerza bruta sin rodeos, sin ley que la legitime»; «Estoy hablando de la ley de la selva»; «pero que no finge pudor, no deja lugar al fariseísmo, y ni siquiera asume indebidamente una razón aséptica como soporte»; «Pues ponte un taparrabos, o prescinde incluso de él, gorila»; «Dispenso la exhortación; quédate ahí, en el círculo de tu luz, y déjame acá, en mi intensa oscuridad, no es de ahora que me sumerjo en las tinieblas: no cultivo la palidez seráfica, no construyo con los ojos una mirada pía, no meto nunca la cara en la máscara de la santidad, ni alimento la expectativa de ver mi imagen entronada en un altar; al contrario de los buenos samaritanos, no amo al prójimo, ni siquiera sé lo que es eso, no me gusta la gente, para abreviar mis preferencias; a fin de cuentas alguien debe, cabrona -y uso aquí tu palabrita mágica-, "asumir" el papel de villano tenebroso de la historia, alguien debe asumirlo por lo menos para mantener el aura lúcida, levitada sobre tu nuca; asumo pues el mal entero, ya que hay tanto de divino en la maldad, cuanto de divino en la santidad; y además, cabrona, si no puedo ser amado, me contento hartamente con

ser odiado»; «Sin acceso a la razón, el señor se resucita ridículamente como Lucifer… ja ja ja… sonido y furia… ja ja ja… no pasas de ser, eso sí, un subproducto de pasiones oscuras, y toda esa algarabía, obsesivamente deshilvanada, sólo sirve en realidad para confirmar viejas sospechas… creo en lo más profundo de mí que la aberración moral es siempre cría de aberraciones inconfesables, sólo puede estar ahí la explicación de tus "caprichos", además, claro, del susto que te provoco como mujer que actúa… y en cuanto a tu arrogante "exilio" contemplativo, la cosa ahora queda clara: expulsado por la conciencia colectiva, que jamás tolera al frágil, lo único que te quedaba era vivir en el campo; a favor de nuestro ecologista, a pesar de todo le tendremos en cuenta el hecho de no haberte adjudicado la contaminación como justificativa, imitando de esta manera a los maestros-corruptos que -para esconder mejor los verdaderos motivos- dejan que los tontos lleguen por sí mismos a las despreciables conclusiones sugeridas por lo obvio, un juego además perfecto y que satisface a todos: mientras los primeros, lúdicos, urden en silencio la corrupción, los segundos, ruidosos, se regocijan con la propia perspicacia; pero éste no es tu caso: corrompe sin ser maestro, lo que debía ser escondido acabó también siendo obvio, y entonces el tiro salió por la culata, puesto que sólo éste podía ser en realidad tu "destino": vivir en un escondite con alguien de tu especie -Lucifer y su can hidrófobo… ja ja ja…- uno cerrando los agujeritos de la cerca, el otro montando guardia hasta que llegue la noche, los dos celando por una confinadísima privacidad, para luego, a escondidas… muy recíprocos… entre arañazos y lamiditas… urdir con los hocicos sus orgías clandestinas… ja ja ja… ja ja ja… ja ja ja… ¡qué asco me da!», y ella descerrajó la ráfaga de golpe, llevando firme la mano a la pedrera, tirándome de nuevo la razón a la cara, espetando por si fuera poco espinas terribles, contuve la saliva, pero me temblaron fuertemente los dientes, no fue por otro motivo que me puse a picotear el discurso hemorrágico de mi derrame cerebral: «Sí, yo, el extraviado; sí, yo, el individualista exacerbado; yo, el enemigo del pueblo; yo, el irracional; yo, el libertino; yo, la epilepsia, el delirio y el desatino; yo, el apasionado…»; «¡Quémame, lengua de fuego…!, ja ja ja»; «… yo, el pabilo convulso, yo, la centella del desorden, yo, la materia inflamada, yo, el calor perpetuo, yo, la llama que solapa…»; «¡Conviérteme en tus brasas…!, ja ja ja…»; «… yo, el manipulador provecto del tridente, yo, que cocino una enorme caldera de azufre, yo, lamiéndome siempre los labios con la carne tierna de los niños…»; «¡Fuego violento y dulcísimo…!, ja ja ja…»; «… yo, el quiste, la llaga, el chancro, la úlcera, el tumor, la herida, el cáncer del cuerpo; yo, todo eso, sin ironía, y mucho más, pero que no hace del hambre del pueblo el disfraz del propio apetito; entérate que me cago en tu

discursito, y que solamente por un principio de higiene no limpio el trasero de tu humanismo; ya te dije que tengo otra vida y otro peso, enana, y eso definitivamente no cabe en tu cabecita», dije vertiendo bilis en la sangre de las palabras, sintiendo que le quebraba un par de huesos; había sido certero el trancazo del disfraz, sin hablar del profiláctico rechazo de su humanismo, pero era increíblemente espantosa su agilidad; viendo que no cabían más palabras en la refriega, la enana, incluso enojada, se agarró de prisa a la cola de mi cohete, pasando al mismo tiempo -con un elocuente juego de caderas- a incitarme a la pelea: «El muchachito es grandioso en todo… ¡fascistoide!», y ella lanzó su sentencia en dos tonos, claramente distintos, y lo que había en el primero de burla forzada, con una hiriente punta de malicia enroscada, tenía de conclusiva seriedad el segundo, con una hilacha de ofensa enroscada; y yo con eso, aunque temblando, fui avanzando más seguro, tomando aliento al mismo tiempo sin que ella se diera cuenta, y como yo había recuperado aquella calma (nerviosa por dentro) de cada palabra, arriesgué todavía: «Sólo una pregunta: ¿sabes cuál es mi opinión sobre ti, comparada conmigo mismo?»; «Eres incapaz, absolutamente incapaz de tener opinión»; «De acuerdo, pero ¿sabes lo que pienso de ti y de mí, comparados uno con el otro?»; «Desembucha rápido, delincuente»; «Confieso que en ciertos momentos me vuelvo un fascista, lo hago y sé que lo volveré a hacer, pero también tú te vuelves fascista, exactamente como yo, sólo que tú lo haces y no te das cuenta; ésa es la única diferencia, nada más ésa; y tú solamente no lo sabes porque -sin ser propiamente una novedad- no hay nada que esté más de moda hoy en día que ser fascista en nombre de la razón»; «Debo entonces concluir que, comparado conmigo, nuestro fascista confeso es todavía mejor»; «Por el contrario, si por un lado redime, por el otro la confesión puede liberar: más que nunca puedo actuar como fascista…»; «¿Qué es lo que quieres decir con eso?», y sus ojos me mimaban en un intenso desafío, «¿Es una amenaza, delincuente?», advertí, sin embargo, de reojo a Bingo levantando el pecho, fusilándola con los ojos, la cola una vara tiesa, las orejas dos antenas, callejero sí, pero en la postura tensa del perro al mostrar la presa; «A un lado, Bingo», ordené hiriéndole los escrúpulos de fidelidad, «no te metas», susurré además dispensando sin complacencias su participación; a fin de cuentas, ya no había sido muy leal que digamos haber permitido que la cabrona estimulara tanto la saña de mis números, llevando incluso mi quema a un alarde de chasquidos (es fácil concluir que dos y dos son cuatro a la sombra de una higuera, lo que quisiera es ver a alguien sacar líneas y otros segmentos, cerrar rigurosamente un círculo, en fin, demostrar un teorema en plena hoguera del infierno), yo sólo sé que me convoqué de cuerpo entero y,

decidido, di otro paso al frente y solté: «Personas como tú babean por una bota, personas como tú babean por una pata», dije, disponiendo con perfecto equilibrio la ambivalencia de mi sospecha -la voluntad de poder mezclada a la voluptuosidad de la sumisión-, pero versátil, versátil la jovencita, lanzó dentro del coche el bolso bandolera y apoyó las manos en la carrocería como si me invitara a los golpes, y era evidente que ella quería, pero yo no quería pegarle; «¿Tú crees que quiero pegarte, eh imbécil?», y viendo en ello tal vez un paso atrás, flaqueza, o no sé qué, y asociándolo a su manera, reaccionó como una chispa, y fue metálica, y fue cortante la risa de escarnio: «¡Maricón!» fue la mordida afilada de la perra, intentando de una sola mordida caparme con la navaja («¡Obvio…!»), traicionándose además, como un travesti de carnaval, en los gruesos pelos de su ideología, ella que alardeaba protestas contra la tortura y era al mismo tiempo un descarado verdugo del día a día, igualita que el pueblo, hecha a su imagen, allá en los estadios de fútbol, igualita al Gobierno, represor, que ella sin descanso combatía, yo sólo sé que ahí la cosa fue suspendida, el circo se incendió (en el suelo de la pista había una máscara), mi arquitectura en llamas se vino abajo, inclusive los hierros de la estructura, y, ardiendo en llamas, dije: «Puta», que fue una explosión de la boca y mi mano volando otra explosión en su cara, y no formaba la bofetada generosa parte de un ritual, yo ahora combinaba a propósito la palma con las armas represivas de su arsenal (¡iba a ser, sí, jodiendo y a palos!), por eso volví a decir «puta» y mi mano voló de nuevo, y vi su piel color de rosa mancharse de rojo, y de repente el rostro ser tomado por un hormiguero, sus ojos se mojaron, me puse atento, mis ojos en brasas sobre su cara, ella sin moverse, amparada por el coche, yo ya recuperado en el acero de la columna, ella manteniendo con voluptuosidad el repliegue lascivo de la bofetada, cristalizando con talento un sistema complejo de gestos, el cuerpo torcido, la cabeza reclinada de lado, el cabello turbio, trastornado, gozando, casi hasta el orgasmo, el drama sensual de la postura en sí, pero nada de eso me sorprendía, a fin de cuentas, yo la conocía bien: poco importaba la calidad de la golpiza, ella nunca tenía bastante, sólo lo suficiente, estaba claro que en aquel instante yo tenía el péndulo y el control seguro de sus movimientos; estaba claro que yo había cambiado decisivamente la rotación del tiempo, sabiendo, como yo sabía, que quedaban por explorar áreas inmensas de su gula, sabiendo, como yo sabía, de qué transformaciones yo era capaz, y fue bien adentro de mí que pensé: «Espérate, que vas a saber lo que es bueno»; «Espérate, que aún no he acabado» fue lo que pensé, dándome cuenta de que la mierda que me llenaba la boca ya se escurría por las comisuras, pero yo no desperdiciaba nada de esa íntima sustancia, iba recogiendo con la lengua lo que se derramaba antes de tiempo, sin

considerar que la humareda del momento era extremadamente propicia al ocultismo, no iba a desperdiciar aquella oportunidad de ejercitarme en las finas artes de hechicero; por eso la cosa fue así: surgieron, en combustión, gotas de grasa en los materiales de mi rostro, mi cara comenzó a transmutarse, primero la cáscara de mis ojos, después la masa obscena de la boca, en un instante yo era el canalla de la cama, y yo leí en la llama de sus ojos: «Sí, tú eres el canalla que yo amo», y, siempre atento a las señales de su carne, me puse entonces a usar la lengua, muda y serpenteante, capaz por sí sola de las posturas más inconcebibles, y no tardó ella en mover los labios de una manera suave y dijo un «Hijo de puta» bien indeciso: se necesitaba conocer de cerca su boca para saber lo que había dicho, y se necesitaba conocer a esa mujercita de múltiples azoteas para entender qué insinuaba, yo hice como que había olvidado todo y que el mundo ahora sólo tenía aquel apretado metro de diámetro, continué haciéndome el canalla de la cama y ella, de una manera más caliente, volvió a decir «Hijo de puta», que era lo mismo que decir «Invítame a acostarnos en la hierba», ella, que en arrobos de bucolismo me pedía siempre que nos revolcáramos en los matorrales; por eso forjé una víbora con el músculo viscoso de la lengua, y le modelé una cabeza, y una sórdida altivez, «an» «an» «an» dije moviendo la punta impúdica; «Hijo de puta hijo de puta hijo de puta», dijo ella en una entrega hipnótica, ya entrando quizá en estado de gracia, manteniendo a pesar de todo las narinas plenas, una respiración ruidosa tumultuando el cuello, los pechos erguidos subiendo y bajando, todas las plumas del cuerpo movilizadas, de nada servía decir que el ave tenía listo el vuelo, o que el ave tenía antes las alas arriadas, y fue para enmelar aún más su deseo que llevé mi mano bien cerca de su rostro, y comencé con mi dedo medio a rozar su labio inferior, y fue primero un estremecimiento, y fue después una quemadura intensa, su boca se fue abriendo poco a poco para un desempeño perfecto, y comenzamos a decirnos cosas a través de los ojos (ese lenguaje que yo también le había enseñado), y, atento a su boca, que yo fingía formar como si fuera, yo le estaba diciendo claramente con los ojos: «Nunca antes habías imaginado que hubiera en tu cuerpo un lugar tan perfecto para mi dedo mientras yo te daba latigazos y tú gemías», y de inmediato sus ojos me respondieron a gritos: «Hijo de puta hijo de puta hijo de puta», como si dijera: «Rásgame hazme sangrar písame», y sentí la punta de su lengua tocando la punta de mi dedo, lamiendo furtiva mi uña, y sentí sus dientes, que ya habían perdido el corte, mordisqueando la pulpa húmeda, ávida mamaba mi cebo, y nos mirábamos, y vertía viscosidad de sus pupilas, y era lo mismo que estar oyendo lo que había dicho tantas veces de una manera ambivalente: «No conocí a nadie que trabajara como tú; eres sin duda

el mejor artesano de mi cuerpo», por eso continué modelando la lascivia en su boca, y luego bajé la mano al yeso caliente del cuello, y de inmediato sus poros de ventosa engullían golosamente mis dedos, y, con la boca inmunda, dije en un viento súbito: «Estoy descalzo», y vi entonces que una virulenta desesperación se apoderaba de ella, pero yo sin prisa fui diciendo: «No tengo calcetines ni zapatos, mis pies están limpios y húmedos como siempre», y yo de repente oí de sus ojos un alucinado grito de socorro: «Tira ya encima de mí todos tus demonios, sólo con ellos alcanzo el gozo», y escuchando este gemido estrangulado, yo, canalla susurré: «¿Te acuerdas del pie que te di un día?», y ella entonces dijo «Amor» de una manera bien sofocada, y yo, bellaco, recordé: «Era un pie blanco y espigado como un lirio, ¿te acuerdas…?», y ella, cerrando despacito los ojos, dijo: «Amor amor», y yo, hijo de puta, todavía le pregunté: «¿Qué hiciste con el pie que te di un día…?», y ella, entrando en agonía, dijo suspirando: «Amor amor amor», y yo vi entonces que tenía definitivamente la pierna encima de ella, y que podía subvertir -debajo de mi forja- el supuesto rigor de su lógica, ya que si yo dijera en un soplo: «¿Ya te diste cuenta de cuántas cosas aprendiste conmigo?», ella diría: «Sí amor sí», y también si yo dijera: «¿Por qué insistes en enseñarme?», ella diría: «Olvídalo amor olvídalo», y si yo le dijera: «Ya es de día, hace tiempo que tu sentido común se desperezó, ¿dónde anda ahora?», ella diría: «No sé amor no sé», y viendo el calor, sacro y obsceno, hirviendo en su carne, yo podría decir: «Más cuidado en tus juicios, pon también en ellos un poco de esta materia ardiente», y ella sin tardanza concordaría: «Claro amor claro» y acordándome del escarnio con el que ella me desmoronó, yo, siempre canalla, podría decirle como remate: «¿Y quién es el macho absoluto de tu barro?», y ella, devotísima, respondería: «Tú amor tú», y yo podría incluso meter la lengua en el agujero de su oreja, hasta alcanzar el utercito en el fondo de su cráneo, diciendo fogosamente en un certero esputo de sangre: «Sólo usa la razón quien incorpora a ella sus pasiones», tiñendo intensamente de rojo la hortensia ahí escondida, enloqueciendo de golpe aquella flor anémica, haciendo germinar con mi abundante esperma una nueva especie, esa especie nueva que poco me importaba que existiera o no, la verdad: era para ganar unos instantes que me rebelaba a la rebeldía de una enorme confusión, ella que me tocaba tanto los huevos con sus visitas, componiendo cada día la traba dura de mis pasos, pero yo no hice ni dije nada de eso, y sólo me quedé un rato mirando su cara aturdida y aplastada bajo mis pies, examinando, casi como un clínico, y sin ninguna clemencia, el subproducto de mi brujería (¿cuántas veces no le dije que la postración piadosa correspondía a la erección del santo?), mientras iba oyendo sus labios bien untados deshojarse obsesivamente en un delirio: «Mi amor hijo

de puta mi amor hijo de puta mi amor hijo de puta», y cuando sentí la mano pequeña penetrando trémula en la camisa, como una corbatita que hubiera volado de los matorrales vecinos para anidarse en los pelos de mi pecho, fue sólo entonces cuando lavé al canalla de mi cara y di en un salto el brinco del gato y vi el susto en su rostro como una sábana blanca, mientras grité con un berrido pleno: «¡Toma! ¡Toma otro!», y extendí el pie como un soldado: «Arranca al menos mi pulgar y métetelo en medio de las piernas: es él el que te estimulaba el cáliz», fui gritando: «Vamos, hija de puta, es lo único que todavía te permito: corta el pulgar mientras puedes»; y yo veía su cara de espanto, la tortuga libre y desenvuelta a la que yo había sabido cómo devolver el peso y la tortura del caparazón; reduje su tiempo de reacción a una agonía, vi el terror en sus ojos, no basta sacrificar un animal, es necesario ofrecerlo correctamente en ritual: «No fantasees más, nunca más nada de mi cuerpo, ¡nada!, ¡nada!, ¡tú también te vas a joder!», y seguí gritando, sabiendo que le abría para siempre en la memoria una cueva honda: «¡Nada!, ¡nada!, nunca más nada de mi cuerpo»; «No eres humano», dijo ella saliendo de su aturdimiento, «no eres humano»; «¡Fuera!, ¡fuera!, ¡tú también te vas a joder!»; «No eres humano, ¡eres un monstruo!»; «¡Desaparece!, ¡desaparece de una vez de mi vida!»; «Eres un monstruo, tengo miedo de ti»; «Pues jódete, cabrona»; «Tengo miedo»; «Jódete»; «Miedo miedo»; «Jódete jódete»; yo gritaba casi contento, y su coche serpenteaba como loco marcha atrás, no atinaba el camino de salida, pero el portón ya estaba abierto, ni lo había visto, y ella con la cara afuera todavía gritaba: «No eres humano», «No eres humano», y yo, por si fuera poco, desorientando más su coche, mezclando rabia y carcajada en la expulsión: «Jódete, fascista reprimida», «Cachorra de mamá puerca», «Hija de la verga», «Mierda degenerada», «Caquita de periquito», y todo eso con un placer grueso y cargado, además de que Bingo me reforzaba hartamente en la revuelta, ladrando como nunca, describiendo peligrosas evoluciones, restregándose incluso contra las ruedas, y fue un tremendo «¡Impotente!» lo que ella me gritó desde la calle, antes de aferrarse al volante de la máquina, y con todos los ingredientes: la cara roja y mojada, llena de generosas y borboteantes lágrimas, la mujercita que era, la misma igual a la mayoría, que me quería como hijo, pero (emancipada) me quería mucho más como su macho; yo sólo sé que, para ocultar la furia del arranque de su coche, casi me reventé la boca con mi «Jódete», y al no ver ya las piernas del señor Antônio, sólo el arbusto moviéndose, movilicé todos mis fuelles y berreé un «Váyanse-todos-a-la-mierda», rasgando el pecho, reventando con la yugular, disfrutando grandemente con la voluptuosidad de mi escándalo, notando que un claro recatado en la colina de enfrente se abría y cerraba en un golpe de viento, pero yo berreaba: «Jódanse»,

«Jódanse», «Jódanse», y con eso iba sacándome el bofe, la carnaza y el buche, mientras veía sorprendido y conmovido mi lado oculto, y hasta tenía ganas de hacer piruetas de mono en la hierba (dándome cuenta sólo entonces de que había valorado mal su tamaño, no llegaba ni siquiera a enana, era un insecto, era una hormiga), pero en vez de entregarme a travesuras de regocijo, me quedé un tiempo ahí parado, mirando el suelo como un ahorcado, el cuerpo enroscado en las tramas de la trapaza, las vísceras despedazadas por la acción del ácido, un actor en carne viva, en absoluta soledad -sin público, sin escenario, sin luces, bajo un sol ya glorioso e indiferente-, a vueltas con una confusión de sangres y voces, a vueltas también con cascajos más remotos, y, de repente, me puse a pensar en ella, en el abandono recluido de su casa a aquella hora del desayuno, seguramente ya sentada de lado -así se quedaba después de concluir el austero almuerzo-, el codo hincado en la mesa, la cabeza apoyada en la mano, los ojos clavados en el pasado, deshilando largas horas de su viudez provecta, reviviendo cada día los viejos tiempos de nuestra unión, rumiando desde temprano los residuos de este mito, habiendo asistido callada, durante años, a la quiebra ruidosa de los principios, y pensé también en la página más intensa de su libro de sabiduría (junto con el pregón contra el egoísmo); ella, que todavía era, con la dispersión de la prole, la depositaria espiritual de un patrimonio escaso; la lección que ella repetía siempre en las raras veces que me veía: un hijo sólo abandona la casa cuando toma a una mujer por esposa y levanta otra casa para procrear en ella, y sus hijos, otros hijos; ése era el movimiento espontáneo de la naturaleza, procrear y con trabajo proveer el sustento de la familia («El amor es la única razón de la vida»), y de ahí pasé directamente a una foto antigua, papá y mamá sentados, ella con las manos en el regazo, la mirada piadosa, los pies cruzados; él solemne, el pecho rígido, un grano de plata cerrando el cuello de la camisa sin corbata, y además la cara angulosa de labrador severo, el bigote denso, la mirada de hierro, teniendo los dos la prole numerosa alrededor, de pie, mineral, comportada, aquí y allá una boca torcida, sin hacer caso al pedido frívolo del retratista, y ahí me detuve en los fundamentos y en las columnas y en las vigas inquebrantables de aquel horno, teníamos entonces las piernas cortas, pero debajo de ese techo cada paso nuestro era seguro, pareciéndonos siempre lúcida la mano maciza que nos conducía, era sin duda gratificante la solidez de esa corriente, las manos agarradas, la mesa austera, la ropa aseada, la palabra medida, las uñas recortadas, todo tan delimitado, todo sucediendo en un círculo de luz, contrapuesto con rigor -sin áreas de penumbra- a la zona oscura de los pecados, sí-sí, no-no, viniendo de parte del demonio toda mancha de imprecisión; era pues en la infancia (en la mía), no tenía dudas, donde se

localizaba el mundo de las ideas, acabadas, perfectas, incuestionables, y que yo ahora -en mi confusión- mal vislumbraba a través del recuerdo (aunque viniera inscrito al reverso de cada uno de ellos que «la culpa mejora al hombre, la culpa es uno de los motores del mundo»), al mismo tiempo en que creía, piadosamente, que las palabras -impregnadas de valores-, cada una, traían, sí, en sus entrañas, un pecado original (así como detrás de cada gesto se escondía una pasión), ocurriéndoseme que ni la tina del Pacífico tendría agua suficiente para lavar (y serenar) el vocabulario, y ahí, en medio de aquel rompecabezas, con las manos vacías, sin tener dónde apoyarme, no teniendo a mi alcance ni siquiera la muleta de una frase hecha, yo sólo sé que de repente me dejé caer como un fardo, acabé literalmente prostrado ahí en el patio, la cara metida en las manos, los ojos hormigueando, sacudiéndome entero en una tremenda explosión de sollozos (eran gemidos roncos que sacaba de muy adentro), hasta que mis brazos fueron agarrados por manos rústicas y pesadas, doña Mariana de un lado, el señor Antônio del otro, él silencioso y torpe, ella desenvuelta a pesar del cuerpo grueso, procurando de inmediato distraerme con su relato, diciéndome con una voz cariñosa que yo no podía dejar de pasar por las conejeras «antes de zarpar a São Paulo», que ella estaba «perpleja» con la prole de la Quitéria, «La nena tuvo trece en la primera cría, ¡trece!, ¿quién diría?», y recordándome que «el papá es Pituca, ese conejo travieso, tan viejo y aún procreando», «¡Perpleja!», repetía doña Mariana para arrullarme, sólo mudando el tono para regañar al marido, que no ponía el mismo empeño que ella, los dos intentando levantarme del suelo como si levantaran a un niño.

LA LLEGADA

Y cuando llegué a su casa, allá en el 27, me extrañó que el portón estuviera todavía abierto, pues la tarde, fronteriza, ya avanzaba hacia la oscuridad, y noté, al bajar del coche, una atmósfera precoz instalándose entre los arbustos, y me impresionó un poco la gravedad negra y erecta de los cipreses, y al pie de la escalera noté también que la puerta de la terraza se encontraba abierta de par en par, lo que podría parecer otra señal, redundante, casi ostensiva, de que él estaba esperándome, a pesar de que antes la rutina sirviera para recordarme que, aunque fuera atrasada, siempre vendría, incapaz de prescindir de las recompensas de la visita, y yo, de hecho, pensativa, subí hasta lo alto del rellano, deteniéndome ahí un instante y entrando de inmediato a la terraza, viéndome entonces vigilada por Bingo, un airado perro callejero que cumplía ejemplarmente el papel de can del claustro, sentado en la almohada de la silla con rigurosa inmovilidad, atravesando la hora apagada con la lámina de los ojos, pero no hice caso de eso; además de acostumbrada, ya había descubierto la hoja en la mesa, donde pude leer, al aproximarme, pero sin tomar la nota, sin ni siquiera agacharme: «Estoy en el cuarto», un mensaje muy de su estilo -breve, descarnado por el cálculo, escrito además, a propósito, con un falso garabato de escolar-, pero de inmediato olvidé la gratuidad simulada del recado y entré a la sala, inventariando sin prisa los vestigios dispersos en el parqué, los dos cojines que poco antes le habrían servido de almohada, la lámpara de hierro al lado, la manta sobre la banquita, un cenicero al alcance del brazo, y otro libro abierto contra el suelo, cuyo lomo virado hacia arriba remitía directamente al contenido del tabique, por no hablar de las gastadas sandalias de cuero crudo, abandonadas displicentemente como las sandalias de un niño, pedazos aislados unos de los otros y que yo de mala gana fui juntando en un mosaico, quedándome un tiempo ahí parada, considerando la densidad de la casa quieta, «mi celda», según el comentario seco que él hizo un día, mezclando en este estoicismo cosas monásticas y mundanas, hasta que me desplacé entre aquellos fragmentos y atravesé toda la habitación, y crucé el pasillo para llegar a la puerta del cuarto, oscilando vagamente a la luz tranquila de una vela: acostado de lado, la cabeza casi tocando las rodillas recogidas, él

dormía; no era la primera vez que fingía ese sueño de niño, y tampoco sería la primera vez que me prestaría a sus caprichos, pues me asaltó de repente un virulento vértigo de ternura, tan súbito e insospechado, que yo mal podía contener el ímpetu de abrirme entera y prematura para recibir de vuelta a ese enorme feto.

NOTA DEL AUTOR

Un vaso de cólera, escrito en 1970 e inédito hasta ahora, se publica de hecho en su segunda versión. Más precisamente, se ha ampliado la sexta escena («La bronca») en relación a la versión original. Aparte de eso, el autor ha insertado en el texto versos de Jorge de Lima («Quémame, lengua de fuego», «transfórmame en tus brasas» y «fuego (espíritu) violento y dulcísimo», todos de «Espíritu paráclito»); versos también de Fernando Pessoa («Caigan ciudades, sufran pueblos, cesen la libertad y la vida», «cuando el rey de marfil está en peligro, qué importan la carne y los huesos de las hermanas y de las madres y de los niños» y «nada pesa en el alma que a lo lejos mueran hijos», todos de «Escuché contar que en otro tiempo, en Persia»). El autor parafraseó además un pequeño paso del *Retrato de un joven artista* de James Joyce («¿Sabes cuál es mi opinión a tu respecto, comparado conmigo mismo…? Ésa es la única diferencia, tan sólo ésa»).